

Opinión y participación

Cuentan que durante una visita del filósofo catalán **Ferrater Mora** a su tierra, el entonces presidente de la Generalidad, **Jordi Pujol**, le invitó a comer y aprovechó para preguntarle qué conocimiento de Cataluña se tenía en Estados Unidos. El filósofo contestó que prácticamente ninguno. Contrariado, Pujol le pidió sugerencias sobre qué se podría hacer para solucionarlo, y el filósofo, socarrón, respondió que «un terremoto podría ayudar».

Cabe suponer que Pujol captó la broma, pero parece que sus sucesores y correligionarios se lo tomaron en serio, porque desde hace un tiempo eso es exactamente lo que pretenden. Causar un terremoto político, económico y social de tales dimensiones que no se pueda ignorar en ningún lugar y en particular en las instituciones y la opinión pública internacional. Poco importa si para conseguirlo hay que arruinar el normal funcionamiento del sistema político español en su conjunto y el catalán en particular, si hay que generar una dolorosa fractura social, socavar el crecimiento económico regional o calumniar internacionalmente las instituciones y el sistema democrático español. Todo vale si se trata de remover las estructuras de lo que se quiere arruinar.

Todo ello es ciertamente un problema. Pero, como los políticos independentistas aducen para su justificación, el problema real está en los dos millones de catalanes que empujan para zarandear la legalidad del estatuto y la constitución, y para convertir en escombros la historia de convivencia y reconocimiento entre los catalanes y los demás españoles. Los terremotos sacan a la luz la existencia de fallas aunque con frecuencia también las agranden y profundicen.

Pues bien, a la violencia sísmica del nacio-

TERREMOTOS POLÍTICOS Y FALLAS MORALES



ARGUMENTOS Higinio Marín

Filósofo

nalismo independentista hay que sumar la producida por la ruina política del partido que ha sostenido el gobierno del Estado durante los últimos años. El asunto va más allá de la simple acumulación de casos de corrupción política en un determinado partido. Para empezar, porque ese partido es uno de los protagonistas de la restauración y normalización democrática del país en los últimos decenios. Y el problema tampoco se detiene al poner al descubierto la dinámica general para la financiación de los partidos políticos y su interferencia con el funcionamiento de las administraciones que ocupan.

Todo lo anterior es grave, desde luego, pero en cierto sentido secundario respecto del fondo de la cuestión al que señalan: el país no se diferencia tanto de esos políticos como nos gusta creer y como afirman tanto los críticos como los defensores de ese partido y de todos los demás. Esa afirmación es un emplaste para calmar mediante una adulación de veracidad poco probable. De hecho, es posible que los partidos y los políticos sean lo peor de

un país, porque todos tenemos cosas mejores y peores, y los países también. Pero no es posible que la política y los políticos sean todo lo contrario de todo lo demás de ese país.

Los verdaderos terremotos políticos suelen provenir de fallas morales de los países y no solo de los políticos. Ciertamente, no les falta razón a los que dicen que son muchos los políticos a los que no se puede incluir en la misma categoría, y tampoco les faltan motivos a los defensores de la dignidad patria cuando aseguran que son muchos los ciudadanos de bien que trabajan a diario honrada y meritoriamente. Eso faltaría. Pero ese no es el problema.

La cuestión es, a mi juicio, si son esos muchos o los otros los que conforman el clima moral de una sociedad que a veces depende más de minorías significativas que de mayorías relativas. De hecho, a mi juicio, en España es notablemente mayoritario el descrédito del esfuerzo y del sentido de la responsabilidad convertido en rasgo del carácter, por mucho que sean –si es que lo son– una minoría los que lo denostan.

Y no es que falten personas que realicen con esfuerzo sus obligaciones y oficios. A diario se ve que son multitud. Estamos, pues, dispuestos al esfuerzo, pero no a amararlo como nuestra obligación porque no nos han enseñado ni hemos visto entre nosotros un genuino y predominante amor al deber. Y no me re-

fiero a ese deber categórico e imperativo del que hablaba **Kant** y prefieren las almas de los países fríos. Me refiero al deber de la virtud del que hablaron **Sócrates** y los suyos bajo un mismo sol que el nuestro: un deber cuyo cumplimiento se puede preferir también porque produce el gozo de su realización.

De hecho, frente a la idea puritana de que el hombre bueno es el que hace lo que debe contra toda inclinación, la idea griega del hombre bueno es la del que hace lo que debe y lo prefiere, incluso gozándose en hacerlo, por lo menos de vez en cuando. Esa satisfacción en cumplir el deber que es perfectamente compatible con el esfuerzo, es lo que nos tenemos prohibido y, por tanto, es también lo que no recibe aplauso alguno sino indiferencia cuando no desdén público.

En nuestra cultura moral prevalece un hedonismo grosero que enaltece y prestigia el placer sin obligación y que no se corresponde ni con la forma real de nuestras vidas, mucho más sufridas y meritorias, ni con la realidad universal de la existencia humana. Nuestra psicología moral es la del pícaro: está dispuesto y de hecho lleva una vida llena de trabajos y privaciones, pero solo para evitar vivir amando el trabajo al que le obliga la vida.

Por eso abundan quienes creyendo que se pueden ahorrar el esfuerzo, no encuentran razones ni sentimientos que les inclinen en la dirección de atenerse a un deber cuya satisfacción no han aprendido a estimar. Así que lo nuestro no es un terremoto sino una falla en la consistencia de nuestra cultura moral que amenaza la viabilidad del sistema político.

Entre nosotros tiene buena fama quien hace el bien, pero no el hombre bueno porque preferimos el bien sin virtud ni obligación.

A QUIEN LEA

Xavier Ribera



TRANSVERSALES O PIRAMIDALES

«Els dèspotes li esgotaren la paciència, / els valents carregaren amb les penes, / els impacients de sang faltaren a un sagrat manament». **Matilde Llòria** (València, 1965)

Las sociedades avanzadas se distinguen de las arcaicas en su sistema de organización. Unas cuentan con entidades transversales y participativas, mientras las segundas se rigen por sistemas piramidales, donde las cúpulas en los procesos de decisión van de arriba abajo. Uno manda y todos obedecen. Democracia frente a autoritarismo. El País Valenciano vive un cataclismo social con serias consecuencias. Habrá de decidir qué quiere ser en adelante. La Transición en España no fue idílica y pacífica como algunos pretenden para una sociedad invertebrada. ¿La queremos transversal o piramidal?

► **Maniqueísmo.** No se trata de una dicotomía entre izquierdas y derechas. El maniqueísmo, como vicio intelectual y mecanicismo de manipulación de la realidad, se ha prologado. Ya no vale la división entre buenos y malos. Para la Comunitat Valenciana de hoy lo más trascendental no es ni la crisis del Partido Popular de **Mariano**

Rajoy ni la moción de censura. Ninguno de nuestros intereses más apremiantes se dirimen en los conflictos de agonía en un régimen político, el de la Transición, en el que no nos permitieron ir más allá de ser espectadores. Nos pilló de perfil con una base social inconsistente y con un territorio inconexo en el que apenas se respetaban sus provincias entre sí.

Hay actividad inusitada en Catalunya. De la gran patronal Foment del Treball, que preside **Joaquim Gay de Montellà**; de Pimec, que representa a las pequeñas empresas catalanas y que encabeza **Josep González**. Junto a ellas, dos entidades transversales, que reúnen a directivos, ejecutivos, universitarios, políticos y personas de prestigio en torno a «Barcelona Global», que en breve presidirá **Pau Guardans i Cambó**, nieto del carismático político catalán **Francesc Cambó** amigo de los valencianos **Ignasi Villalonga** y **Joaquim Reig**. Estos días ha tenido lugar el cóncave anual que se celebra en Sitges, del Cercle d'Economia de Catalunya –también plural y transversal–, presidido por **Juan J. Bruguera**. Este foro ha pedido en dos documentos: mejorar el autogobierno en Catalunya y el modelo territorial de Estado, en el primero y la necesi-

dad de un nuevo modelo de financiación autonómica, en el segundo.

► **Rastro interminable.** Basta con releer el artículo publicado en estas páginas el domingo pasado por **Jesús Prado**, consejero de la empresa editora de **Levante-EMV** –*El silencio de los corderos*– para comprender que estamos ante el fin de una época. El *capo dei capi* encarcelado, **Eduardo Zaplana**, que fue presidente de la Generalitat siete años, durante los cuales se desarrolló el estilo despótico de hacer política, que Jesús Prado califica de «zaplanato». Quienes vivimos aquella entrada en los resortes de la Comunitat Valenciana, arrasando y cortando cabezas, todavía seguimos impactados por la purga, en la que algunos fuimos víctimas. Depuración ideológica que resultó lesiva para el país.

► **Discernir.** Señalaba el historiador **Josep Fontana** los defectos de la izquierda valenciana. Uno es la debilidad de moverse mediante pautas posibilistas. La política que buenamente se pueda hacer. Pero muchos olvidan que un político no tiene por qué ser un espécimen acomodaticio. El político tiene que ser radical y gobernar con determinación. El autoritarismo y la intolerancia es otra dimensión que la derecha valenciana ejerce sin complejos. El segundo defecto que señalaba Fontana en el comportamiento de la izquierda es que tiene mala conciencia a la hora de decidir.

► **Intimidados.** Este fallo tiene origen ético en los múltiples complejos que afectan a los dirigentes que se consideran progresistas. La derecha valenciana goza de la

gran desinhibición que le propicia la ignorancia de la ética a la hora de liquidar a quienes considera sus adversarios ideológicos. Añado un tercer problema. Es el miedo. El temor reverencial ante el poder económico o la intransigencia de la jerarquía de la Iglesia Católica. Es cierto que los resortes financieros y de la cúspide empresarial son poder en sí mismos, más allá de gobiernos y legislaturas. La izquierda, a menudo, se alía con su peor enemigo.

► **Capilaridad.** El entramado empresarial valenciano tiene varias reválidas por superar. Está en trance de remontar su propia depuración. Nadie puede dar por consolidada la nueva patronal autonómica. La Confederación Empresarial de la Comunitat Valenciana, ha superado gravísimos avatares que provocaron la quiebra de la anterior Cierval y a sus filiales provinciales de Castelló (CEC), y de Alicante (Coepa), envueltas en escándalos y desfalcos. Esa situación de crisis generalizada en el mundo empresarial no se resuelve con golpes de pecho ni con pretensiones pintorescas.

Las entidades económico-empresariales de la Comunitat Valenciana –incluidas las cámaras de comercio, la Bolsa de València o las instituciones feriales– tendrán que decidir entre ser estrictamente privadas u homologarse en el contexto democrático que rige las instituciones. Dentro de la apertura equitativa y necesaria que se ha de restablecer con la reforma valenciana de la ley de Representación Institucional, para que ese apartado deje de ser coto cerrado y se abra a la diversidad de patronales y sindicatos. ¿Queremos ser transversales o piramidales?